

27 de marzo. Cuaresma. Color morado.

Lecturas:

Miqueas 7,7-9

Salmo 26 El Señor es mi luz y mi salvación

Juan 9,1-41 El ciego fue a la piscina y al lavarse se curó.



Desde la antigüedad el pueblo se preguntaba ¿cómo saber quién es el enviado de Dios? Muchos aparecieron diciendo que eran ellos trayendo más confusión. En Jesús habían dudas por su condición humilde, a la manera como interpretaba la ley y la poca vinculación al templo y a los actos rituales. La naciente comunidad tenía que demostrar que Jesús era de verdad el Ungido. Pero las obras que hacía Jesús no les parecían una demostración porque no obraba conforme a sus ritos y legalismos.



El milagro de hoy, del ciego de nacimiento, no era por castigo en el pecado de sus padres, ni mucho menos una prueba terrible del destino, sino que esa persona pasó de la desesperación de la oscuridad a la claridad de la fe. y por eso descubre en Jesús al Profeta. Jesús lo cura para que no siga marginado, relegado y separado de la comunidad.

El enfermo sanado no sabe quien lo curó, pero si sabe decir que esa acción pertenece a Dios. No hay mayor pecado que negarse a reconocer las obras de Dios, que ha cada instante estamos recibiendo y viendo. No hay mayor ciego que el que no quiere ver o no le interesa ver.

Ciegos muchos, incluso entre nosotros...

Pues tapamos la verdad con la mentira cotidiana.

Pues escondemos las buenas obras de Dios para poner la nuestras.

Pues negamos al bondad de otros para colocar la maldad propia.

Que el Señor, que todo lo puede, nos quite la venda que cubre nuestros ojos y así podamos ver las obras de Dios, que son los milagros de todos los días. Amén.